

base igualmente al triunfo de la religion, cuya cautividad era llorada por grandes y pequeños; y recogida en el seno de las montañas la parte más entusiasta del clero, mientras salvaba en aquellas fraguras sus venerandas tradiciones, con los tesoros de las ciencias y de las letras, revestíase de nuevo espíritu, excitando con su voz y con su ejemplo el denuedo de aquellos campeones de la libertad, cuyas armas bendice en el momento del combate. Hermanadas en esta forma la política y la religion; borradas del todo las antiguas distinciones de raza, que precipitaron la decadencia de los visigodos, y unidos estrechamente por la ley suprema de la necesidad cuantos acuden al heroico llamamiento de Pelayo, se inaugura pues la grande obra de la reconquista; y los que despreciados por los amires cual foragidos, eran considerados como indignos de ejercitar su valor¹, afianzaban con una y otra victo-

«sigodos, reconocían á la verdad una aristocracia» (*Discurso sobre el carácter del feudalismo en España*). Lista se apoya al emitir esta idea, en la existencia de la ley, en que los francos establecieron esta manera de eleccion, ley citada por los PP. Benedictinos en el tomo IV de sus *Historiens de France*. Pero por grande que sea el respeto, con que pronunciamos siempre el nombre de tan docto escritor, no podemos asentir á esta opinion suya; pues que á nuestra vista aparece y aparecerá siempre como una consecuencia naturalísima del estado de los cristianos que fundan la monarquía asturiana, y de los diferentes elementos que se asocian bajo las banderas de Pelayo, el cambio que se introduce en el derecho de eleccion á la corona. No habiendo en la nueva monarquía ninguna familia que pudiera considerarse igual á la del vencedor de Covadonga, y alterada totalmente la constitucion de la nobleza, no solamente es la restriccion de la elegibilidad un hecho espontáneo, sino que sobre ser altamente impolítica, hubiera sido por demás injusta la prosecucion de la costumbre visigoda. La experiencia de los últimos años de aquella monarquía debió ser tambien de gran provecho en tan angustiosos momentos, pues más bien que en disputar sobre derechos que habian naufragado en Guadalete, se pensaba en asegurar la existencia de todos bajo el mando del más digno.

¹ Los historiadores árabes que mencionan estos sucesos, les dan muy poca importancia. Ahmed-el-Mokri, citado por MM. Lembke y Romey decia: «El primero que acaudilló á los cristianos tras su derrota fué Belay de los Asturiches, pueblo de Chaliquiya [*Galicia*], que huyó en tiempo de El-Horriben-Abd-er-Rahman de Córdoba, donde estaba en rehenes» (*Mss. de Gotha*, fól. 586). Ebn-Hhayan-ebn-Ahmed escribia en el siglo XI: «En tiempo de

ria la monarquía asturiana, infundiendo extraordinario aliento á los que en las cordilleras de los Pirineos imitaban su heroismo, y arrebatando diariamente al dominio mahometano nuevos castillos y fortalezas.

No habian trascurrido cuarenta años desde que *Belay-el-Rumi* sacudió el yugo del Islam, cuando aquellos guerreros, cuyas huestes engrosaban sin cesar cristianos fugitivos, extendian sus talas y correrías hasta las orillas del Duero [*Extrema Durii*], llenando de terror á los agarenos, que despertaban al cabo de su ciega confianza, para caer en mayor asombro, al contemplar el exterminio de los suyos donde quiera que aparecian las enseñas cristianas. Alfonso I, á quien venera la posteridad con el renombre de *Católico*, heredando el generoso espíritu de Pelayo, arrancaba en Galicia al yugo de los sarracenos las ciudades de Tuy, Lugo y Orense; los despojaba más al Occidente de Oporto, Viseo y Braga, y cayendo sobre el centro de la Península, apoderábase con igual fortuna de Astorga, Valladolid, Simancas y Zamora, tomando por asalto á Sepúlveda, Ávila y Segovia, é imponiendo la misma suerté á Lara, Osma y Saldaña. Sobrecogidos de espanto los sarracenos al estruendo de sus victorias, no solamente huían despavoridos delante de sus banderas, sin osar ya resistir su incontrastable ímpetu, sino que apellidándole con supersticioso terror *El hijo de la espada*¹, dejábanse conducir como rebaños

«Ambisa-ben-Sohhim apareció en Chaliquiya un caudillo de los infieles, reducido al ámbito de un peñasco, en el cual se ocultó con trescientos hombres. Acosáronle por todas partes los musulmes hasta que pereció su génte de hambre y de cansancio. Quedáronle tan sólo treinta hombres y diez mujeres, que se alimentaban de miel labrada por las abejas en las hendiduras de las peñas. Despreciaron los musulmanes tan escaso número; pues ¿qué podían treinta infieles?... Y sin embargo su número y su pujanza fueron creyendo maravillosamente» (*Mss. de Gotha*, fól. 343). Los demás historiadores que mencionan estos hechos, usan casi del mismo lenguaje, como puede verse en la edic. de Almacari, hecha en Leyden por Mr. Dugat en 1859 (tomo II, pág. 674) y en la del Bayan Almoghreb (ib., II.^a Parte, pág. 14). Almacari cita á Isa Ebn Ahmed el Razi, y el Bayan se apoya en la relacion de Abdelmelic Ebn Habid, á quien antes mencionamos.

¹ ابن السيق Ebn-el-Saif. «Vino despues (escribe el Lagui) Alfonso

á los valles de Asturias, donde pagaban con su esclavitud la servidumbre antes impuesta á los cristianos ¹.

Tal era la situacion de España al mediar el siglo VIII, como

»[Adfunch] el terrible, el matador de las gentes é hijo de la espada; y abrió villas y castillos y nadie osó afrontarlo. Padecieron por él millares de musulimes el martirio del hierro, quemándoles sus casas, sin que fuera posible fiar en él» (Véase *Borbon*, Cart. XXII, pág. 176, citada también por MM. Romey y Rosseuw Saint Hillaire).

¹ Es este un hecho digno de tenerse muy en cuenta, porque contribuye á explicar un acontecimiento posterior, que ha sido un misterio para muchos historiadores: tal es en efecto la *guerra de los siervos*, acaecida en el reinado de Aurelio y mencionada por los primitivos cronistas cristianos (*Cron. Albeld.*, núm. LIV; *Id. de Sebast.*, núm. XVII). Estos siervos, reducidos á su primera esclavitud por la industria de Aurelio [eius industria capti in pristina sunt servitute reducti], son en su mayor parte los cautivos hechos en sus terribles expediciones por Alfonso el Católico, quien hubo sin duda de repartirlos á los capitanes, que le siguen en sus correrías, contra los cuales se sublevaron [*dominis suis contradicentes*]. La generosidad de los cristianos y el noble empeño de extender su religion, dieron lugar á que, abjurada por gran número de estos cautivos la secta de Mahoma, fueran recibidos sus hijos en el sacerdocio cristiano, segun se advierte en muchas escrituras de aquel tiempo. Esta manera de esclavitud se renovaba sin cesar con los *cautivos de guerra*, vendidos *sub corona*. De advertir es sin embargo que la servidumbre personal se propagaba á las monarquías cristianas en la forma y con las divisiones que ofrecia durante la visigoda. De siervos fiscales, siervos eclesiásticos y siervos de particulares nos dan razon numerosos documentos de aquellos dias, enseñándonos al par que existian hasta cuatro linajes de servidumbre en las clases ya indicadas. Contraíase en efecto la servidumbre personal, demás del *cautiverio de guerra* ya citado, por *nacimiento*, por *imposicion de penas* [obnoxiatio, obiurgatio] y por *deudas*. Pero si hizo la monarquía visigoda tan fatal legado á las de Asturias y Leon, robusteciéndose la idea de la esclavitud por la misma condicion y ley de la reconquista en sus primeros siglos, arraigando de cada dia el sentimiento religioso, fué aflojando naturalmente la servidumbre, multiplicándose los medios de redimirla; y cuando las armas cristianas logran inclinar á su lado la balanza de la guerra y deja de ser la esclavitud triste patrimonio de los vencidos, no solamente se hace llevadera aquella varia *prestacion personal*, sino que vá desapareciendo por sí misma, ingresando en el *estado llano* los que de ella se redimian. Observacion importantísima es por último en nuestra historia que la servidumbre personal no envilece al hombre, y que obtenida la emancipacion, no le inhabilita para los cargos públicos ni los más altos honores de la república; circunstancia que tenia lugar aun entre los cristianos sujetos al yugo sarraceno. Servando, que alcanza por cierto triste ce-

inevitable consecuencia de la conquista llevada á cabo en sus primeros años por los amires de África. Divididos forzosamente los cristianos en dos grandes familias, cuya suerte era de todo punto desemejante, por más que sus deseos y aspiraciones tuviesen un mismo norte, distinto es el carácter que cada cual ofrece á la contemplacion de la crítica, y muy diverso el ministerio que iban á desempeñar una y otra en la grande epopeya de la civilizacion española. Véanse los mozárabes dominados por la fuerza; y no abrigando esperanza de labrar con sus propias manos la libertad que ambicionaban, cerrado ante sus ojos todo porvenir de bienandanza ó engrandecimiento, volvíanlos á lo pasado para templar con los recuerdos de sus mayores la ansiedad presente, que tomándose así mayores proporciones, exaltaba al par en ellos el sentimiento patriótico y el sentimiento religioso, impulsándolos, tal vez sin advertirlo, en el camino de su perdicion y ruina. Gozaban los cristianos independientes de una libertad cual nunca la habian logrado los españoles, como que tenia por fundamento el peligro comun y la imperiosa necesidad de asegurar con los esfuerzos de todos la salvacion de la monarquía, creada en medio del naufragio universal de la Península. Era su porvenir tan ancho y halagüeño como la esfera á que se levantaban sus esperanzas: pretendian arrojar de toda España á los hijos del desierto, que les tenian usurpadas las más ricas provincias; y en esta colosal empresa, fomentada sin tregua por la religion y el patriotismo, ensanchábase el círculo de sus legítimos deseos á cada paso que adelantaban en la reconquista, siendo mayor el entusiasmo que encendia sus corazones á medida que se aumentaban los obstáculos en su comenzada carrera.

lebridad entre los mozárabes, como despues veremos, siendo hijo de siervos de la iglesia de Córdoba, sube á la dignidad de *Conde de los Cristianos* en la antigua colonia patricia; hecho que contradice, si no destruye, la general creencia de que obtuvieron siempre aquella dignidad los descendientes de la nobleza visigoda. No terminaremos estas indicaciones sin consignar que entre los diferentes géneros de servidumbre, fué la más dura y enojosa la del *cautiverio de guerra*, que era en suma terrible represalia de la que padecian los prisioneros cristianos.

De esta manera, mientras se consumían los mozárabes, aquejados de angustias y sobresaltos; mientras viviendo moralmente en lo pasado dirigían todas las fuerzas de su inteligencia á recoger y conservar las reliquias de la cultura hispano-visigoda, y mientras estudiaban con ardiente solicitud aquella literatura, á que había infundido su generoso aliento el doctor de las Españas, sin romper en modo alguno con las tradiciones populares de la pasada edad, que abriga y fomenta la Iglesia,—viven los cristianos independientes una vida propia, y cambiadas ya fundamentalmente las bases de su constitucion social y política, comunican á su naciente cultura un carácter distinto del que la antigua presentaba. Por eso los mozárabes pueden sólo aparecer en la historia como un pueblo que en triste cautiverio apuntala inútilmente el edificio de su pasada civilizacion, por todas partes desmoronado y reducido á escombros, en tanto que los cristianos independientes abren de nuevo las zanjias del grandioso monumento que debía ser coronado ocho siglos más tarde, tras los esfuerzos y sacrificios de cien generaciones. Los unos caminan inevitablemente á su aniquilamiento: los otros abren cada dia nuevas sendas de prosperidad y de grandeza: aquellos, no pudiendo soportar los males de su precaria existencia, llegan á un momento en que contemplan en su misera realidad las cosas del mundo, y hablan y escriben de ellas con la claridad y enérgica elocuencia de quien tiene abierto ante sus plantas el sepulcro: estos, fija su mente y su corazon en la grande obra por ellos comenzada, sólo ven en la guerra el medio de redimir la religion y la patria de la afrenta en que yacen, y haciendo de la guerra el único ministerio de su vida, constituye el exterminio de los enemigos de su Dios y de su libertad su único y exclusivo pensamiento.

Hé aquí naturalmente explicado el fenómeno moral que durante los siglos VIII y IX ofrecen á la contemplacion de la historia y de la filosofia uno y otro pueblo. Los cristianos independientes, que logran en esta época extender su dominio por la dilatada faja formada por las cordilleras del norte, sin otro pensamiento que la guerra, sin otra idea que la reconquista, ni dan tregua á las armas, ni pueden entregarse al pacífico ejercicio de las letras, faltándoles el tiempo para consignar en breves cláusulas la me-

moría de las grandes empresas llevadas por ellos á feliz término y remate. Animados, sin embargo, de inmensa fé y profunda gratitud, no olvidan que deben á Dios las victorias recibidas de sus manos, ni menos que son dignas de alabanza las proezas de sus caudillos; y en el augusto recogimiento de sus templos, levantados y enriquecidos con los despojos de otras civilizaciones, arrancados tal vez de sus enemigos¹, y en el movimiento alegre de sus reales, donde brillan al par su valor y su entusiasmo, ya elevan al Hacedor Supremo ardientes himnos de amor, inspirados por el sacerdocio, que fiel á la tradicion católica sostiene y duplica en esta forma el vigor de sus creencias, ya rinden en belicosos

¹ Es de suma importancia para comprender el carácter y espíritu de esta primera edad de la reconquista, el estudio de los monumentos arquitectónicos levantados en los valles y montañas de Asturias por los sucesores de Pelayo. Derivacion de aquel arte que había producido en Toledo, Mérida, Córdoba y Sevilla las famosas basílicas, las aulas y atrios de reyes, prelados y magnates, en cuyas reliquias aprendemos ahora á quilatar las descripciones debidas á la pluma de Isidoro y sus discípulos, ofrecen á la contemplacion del arqueólogo los templos de Oviedo y de Priesca, de Tuñón y de Valdedios, de Santa Maria de Naranco y de San Miguel de Linio, el sucesivo estado de aquella cultura, que amasándose con los despojos de otras civilizaciones, aspiraba á conquistar legítimos títulos de originalidad para los siglos futuros. La observacion atenta del verdadero arqueólogo descubre en aquellos monumentos, cuya rudeza los hizo despreciables para los críticos de otros dias, y cuya rareza les dió el nombre de *asturianos* (Jovellanos, *Disc. sobre de Ventura Rodriguez*), diversos miembros ornamentales, que no sólo revelan la tradicion del arte latino-bizantino, tal como se cultivaba durante la monarquia visigoda, sino que manifiestan claramente haber exornado otros monumentos más antiguos. Tal sucede, entre otras basílicas, con las notabilísimas de *Santullano* en Oviedo y de *Santa Cristina* en Lena, cuyos estudios han comenzado ya á ver la luz pública en los *Monumentos arquitectónicos de España*. El arte, uno siempre en su esencia, aunque vario en sus manifestaciones, presenta en estos monumentos, así como en los que de ellos se derivan, los mismos procedimientos y caracteres que reconocemos en los de la poesia, ora la consideremos bajo las bóvedas del templo, ora en los campamentos cristianos; y bajo esta relacion trascendental, difícil es dar paso alguno en la historia de las letras españolas, sin que nos veamos forzados á establecer juicios comparativos, que probando la unidad de las artes, nos convenzan de la conformidad de sus varias manifestaciones con los elementos que la sociedad entraña y con el sucesivo desarrollo de su cultura.

cantares el tributo de su admiración y su cariño á los denodados guerreros que los guían y alientan en mitad de los combates, dando así vida y nacimiento á aquella espontánea y generosa poesía que en siglos posteriores debía formar la historia heroica del pueblo castellano ¹. Los mozárabes que ven, por el contrario, agotarse toda su vitalidad en la mortífera y angustiosa inacción á que los procura reducir la política de los Califas; que destinados á vivir en el lecho de Procusto, sólo pueden tomar parte en la obra de la reconquista, por ellos envidiada, cuando la espada de sus hermanos rompe su cautiverio, acuden al cultivo de las letras, para hacerlas intérpretes de sus dolores y aflicciones; y dando por este camino inequívoco testimonio de la exasperación á que los llevan la afrenta de su religión y la falta de su independencia, ponen de

¹ No de otra manera nos es dado explicar el origen de la poesía popular, que aparece desde su cuna animada de aquellos dos grandes sentimientos, que constituyen la base de la nacionalidad española. Véase el estudio que hacemos en las *Ilustraciones* (núms. I, III y IV) sobre asunto de tanta importancia y no se olvide cuanto llevamos asentado respecto de los himnos cantados por clero y pueblo durante la monarquía visigoda. Oportuno juzgamos añadir también respecto de la significación y origen de los himnos guerreros, cantados antes y después de las batallas, demás de cuanto ya observamos (cap. X, pág. 461 é *Ilust.*, n.º IX), que esta peregrina costumbre parecía traer su primera derivación de los pueblos germanos, según en Tácito leemos: «Sunt illis (escribia) haec quoque carmina, quorum relatu quem *Baritum* vocant, accendunt animos, futuraeque pugnae fortunam ipso cantu augurantur: terrent enim, trepidantve, prout sonuit acies. Nec tam voces illae, quam virtutis concentus videntur: affectatur precipue asperitas soni, et fractum murmur, obiectis ad os scutis, quo plenior et gravior vox repercussa intumescat» (*De moribus germanorum*, I.ª Parte). Despojada de la superstición que le manchaba, merced á los esfuerzos de la Iglesia, habíase trocado este canto guerrero, cual vemos en el himno *De profectioe exercitus*, en ardorosa plegaria dirigida á Jesucristo, árbitro y dispensador supremo de las victorias. La Iglesia, que en tal forma había prohiado aquella bélica costumbre, y que bendiciendo ahora las armas cristianas, absolvía de todos sus pecados al entrar en el combate á los guerreros de la Cruz, alentando pues el heroísmo cristiano, ofrecía ya al pueblo de Pelayo y de Alfonso el Católico el primer molde de aquella poesía, que es hoy uno de los principales títulos de nuestra nacionalidad literaria. Pero no adelantemos ideas que tienen su natural desarrollo en la exposición histórica que vamos haciendo.

relieve la inquietud de su espíritu, aquejado siempre de fundados temores y pronto siempre á exaltarse á la idea de la afrentosa y larga cautividad en que viven.

Tan natural reacción, que precipitan por una parte los triunfos de los cristianos independientes, y por otra las restricciones y manosa conducta de los sarracenos (erigido ya en Califato el señorío de España), debió infundir á los mozárabes inusitada actividad, que los lleva á demandar el martirio y los arrastra después á mezclarse en las discordias civiles de los sectarios de Mahoma, labrando al cabo su ruina. Mas no es el valor bélico el título preferente de los mozárabes á la estimación y estudio de la historia: en sus numerosos escritos, inspirados por el dolor y regados por el llanto, halla la crítica la genuina y clara expresión de los pensamientos, de los deseos y aspiraciones de aquella desventurada raza, que no pudiendo repeler con el hierro, como sus hermanos, el yugo de los musulimes, rechaza como ellos la opresión moral y religiosa, á que se intentaba sujetarlos; laudable empeño vigorosamente revelado en aquella peregrina y agonizante literatura.

Pero no extrañemos esta natural repulsión, principalmente en la época de que tratamos, y huyamos cuerda y temeramente del peligro de los que al fijar la vista en la historia de las letras españolas, han dado en ella omnimoda influencia á los árabes desde que asientan su planta en la Península, por no detenerse á reconocer el estado de nuestra civilización en aquellos angustiosos momentos. Que al verificarse la conquista no podía ejercer influjo alguno favorable en nuestra cultura la que se ha designado con el nombre de *arábiga*, queda palmariamente demostrado cuando se repara en el aluvión de pueblos y de razas que destruyen el Imperio visigodo, siendo humanamente imposible que de tan contrarios y heterogéneos elementos hubiera de resultar nada grande ni duradero en el orden moral, así como únicamente se había obtenido la anarquía en el orden político ¹. Desatadas las rivalidades y antipatías,

¹ El erudito don Juan Francisco de Masdeu, cuyo voto es de gran peso en todo linaje de controversias, cuando no le ciega el estéril espíritu de la duda, afirmaba ya en el siglo pasado que no pudieron los árabes ejercer la influencia que se ha pretendido atribuirles durante los siglos VIII y IX, fun-
TOMO II. 3

que sólo pudo acallar por un instante la gran victoria de Guadalete; encendidos los odios y rencores de cada raza y de cada tribu no bien se había recogido el fruto material de aquel memorable triunfo, hubiera sin duda caducado en España el señorío de los musulmanes antes de echar en ella profundas raíces, si en medio del cáncer que los devoraba, no hubiesen acudido á fundar un imperio independiente del Califato de Damasco, poniendo en aquel trono al único vástago de los Beni-Omeyas, que se había salvado del sangriento furor de los Abbassidas [755]. El ilustrado Abd-er-Rahman, en quien parecían competir el bélico esfuerzo y el amor á las artes, á las ciencias y á las letras, aspiraba generoso á encadenar con una mano el monstruo de la anarquía, mientras echaba con otra la semilla de aquella singular cultura, que había comenzado á fructificar en Damasco. La dominación de los amires, ó Califas españoles (que esta denominación les daremos en adelante), se establecía sobre anchos, si no duraderos, cimientos: los ejércitos cristianos, que bajo las banderas de don Alfonso, el Católico, habían esparcido el terror hasta en el centro de la morisma, detenían su marcha triunfadora y volvían á guarecerse en las montañas, rechazados por el alfange de Abd-er-Rahman, quien recordando una á una las ciudades y fortalezas conquistadas por aquel valeroso monarca, derribaba por último el señorío fundado en Orihuela por Teodomiro y sostenido débilmente por Atanagildo ¹.

dándose en la índole y estado de los musulmanes que pasaron á España: «Si quisiese moverse cuestión acerca del primer influjo literario ó de los árabes sobre los españoles ó de estos segundos sobre los primeros, debiera rigurosamente concederse la gloria á los naturales de España, porque nuestra nación por sí misma era culta y letrada, y los árabes que la conquistaron, no lo eran, ni dieron prueba de literatura hasta despues de dos siglos,» etc. (*Hist. crit. de Esp.*, tomo XIII, núm. CIX). Aun cuando el último aserto no pueda admitirse sin algun correctivo, nos parece de mucho peso la observación relativa á la falta de cultura de los verdaderos conquistadores de España, quienes, segun hemos ya indicado, no pudieron en modo alguno dar á los demás lo que no tenían para sí.

¹ El Pacense dice, despues de mencionar á Teodomiro en la forma que dejamos notado arriba: «Athanaildus post mortem ipsius multi honoris et magnitudinis habetur. Erat enim in omnibus opulentissimus dominus et in ipsis nimium pecuniae dispensator» (Núm. XXXIX). Algun tiempo despues

comenzaba en verdad una nueva Era para los sarracenos: necesitábase amansar con las dulzuras de las artes de la paz la ferocidad de tantas tribus bárbaras como habían inundado la Península Ibérica, y el nieto de Hixem-ben-Abdo-l-Máleq empezaba á instituir escuelas públicas [*madrisas*] para la enseñanza de la juventud, llamaba á su córte los hombres más afamados del Oriente, y acometiendo colosales empresas, que le dieron envidiable nombradía, aspiraba á oscurecer la grandeza del Cairo y de Bagdá en la celebrada *Medina Andálus* [*Corthobáh*], donde tenían ya puesta su silla los amires de España ¹. Coronaba más adelante este edificio la creación de las famosas academias, emuladas en siglos posteriores por las no menos aplaudidas *yesiboth* de los hebreos ²; y sin embargo de tanto anhelo de ilustración, justo nos parece observar que ni podía esta reflejarse en los cristianos independientes, ni ejercer en los mozárabes la extraordinaria influencia que se ha pretendido.

Fijemos por algunos momentos nuestras miradas en punto de tanta importancia como trascendencia.

Quando se descubre á nuestros ojos el carácter especial que

fueron repartidas entre los soldados de Huzam Abul-chatar, á quien el mismo Pacense llama Alhoozzan las *tierras de Tadmír* (*Conde*, tomo I, cap. III). Atanagildo parece haberse mantenido en Orihuela hasta los tiempos de Abd-er-Rahman I.

¹ Debe notarse aquí en efecto que antes de este tiempo fué Córdoba designada como silla de los amires de España. Isidoro Pacense, que no llega á mencionar el establecimiento del Califato, como despues advertiremos, dice refiriéndose á la entrada de los mahometanos en España: «Cordubae in sede dudum Patricia, quae semper extitit prae caeteris civitatibus opulentissima et regno Wisegothorum primitivas inferebat delicias, regnum efferum collocant» (Núm. XXXVI). Los escritores árabes atribuyen á Ayyub-ben-Habid la traslación de la córte de Sevilla á Córdoba. Respecto de las escuelas, cuya fundación se tiene por obra de Abd-er-Rahman, será bien advertir que no todos los escritores están acordes.—Casiri, que dá á la escuela de Córdoba la supremacía sobre las de Sevilla, Granada, etc., afirma que fué instituida por Al-Hakem, príncipe que protegió grandemente las letras, las ciencias y las artes (*Biblioth. Arabico-Hisp. Escorial.*, tomo I, pág. 38, col. I).

² Véase la *Introducción* á nuestros *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*.

esta civilización ofrece en la época de que tratamos, y se considera con libre espíritu lo que eran y significaban estos esfuerzos de Abd-er-Rahman; cuando por otra parte se estudia y comprende bajo su verdadero aspecto filosófico el estado de los cristianos, ya independientes, ya sometidos á la dominación musulmicana, fácil nos parece descubrir las razones que explican y convencen de que la influencia ejercida en esta edad, si no de todo punto insignificante, debió ser sobradamente exígua. Fueron la intolerancia religiosa y la intolerancia política los móviles principales de la conquista acometida por Mahoma: embriagados con sus inauditas victorias los primeros Califas, sólo excitaba su entusiasmo la gloria de las armas, que llevaban á todos los confines de la tierra, con la propaganda del Islam, el terror del nombre mahometano. Destruía Abubekir, animado de este ciego furor, cuanto hallaba á su paso en sus devastadoras expediciones: incendiaba Omar, el más feroz y afortunado de los conquistadores modernos, las bibliotecas, por juzgarlas inútiles ó contrarias á su religión y á su pueblo ¹, y no más ilustrado Othman, proseguía con igual saña la obra de la ambición y del fanatismo. Apoderados entre tanto del Asia Menor, enseñoreados de la Grecia, donde brillaban todavía los suntuosos monumentos de Pericles, hubieron de sentir los árabes por vez primera el estímulo de la civilización, á que los inclinaron los moderados instintos de Ali, cuya loable tolerancia abría ante los sectarios de Mahoma las puertas de un mundo desconocido. Aquel pueblo joven y ardoroso, que tanta sed de gloria había mostrado en sus rápidas y asombrosas conquistas, dueño ya de la Siria, la Persia, la Mesopotamia, la Fenicia, el Egipto y gran parte del Archipiélago helénico, deslum-

¹ Aludimos al incendio de la Biblioteca de Alejandria. Pero demás de lo que indicamos en el cap. VI, debe recordarse que la biblioteca incendiada por Omar no fué la célebre fundada por Antonio en el templo de Júpiter Serapis, despues de la destruida por César, ni la creada por Augusto y aniquilada por Aurelio en el siglo III, cuyos restos unidos á aquella perecieron en la expedición de Theofilo. Omar entregó á las llamas la biblioteca formada despues del viaje de Orosio, en los dos siglos que mediaron hasta la conquista musulmana. Era pues debida á la escuela filosófica de Alejandria. Gibbon y otros escritores modernos ponen en duda la autenticidad de este suceso.

brado al contemplar la cultura de los pueblos vencidos, intentó emularlos: carecía de artes, de ciencias y de literatura; y para dar cima á la nueva empresa, á cuyo logro aspiraba, hubo menester pedir al Asia sus leyendas misteriosas, su ciencia y su filosofía á la Grecia, sus artes á todos los pueblos sojuzgados ¹.

Fomentaron y dirigieron esta noble inclinación, si ya no la despertaron y excitaron, los príncipes Abbassidas: Abu-Djafar-Mansur, fundador de Bagdá, entregábase al estudio de la astronomía, la filosofía y la medicina, mandando traducir á la lengua del profeta copioso número de libros, trascritos del griego en siriaco y persa; Arun-al-Raschid convocaba en su córte y colmaba de honras y beneficios á cuantos sabios respondían á su ilustrado llamamiento; Abdaláh Mámun [*Almamun*] se declaraba padre de las letras y protector de las ciencias, no perdonando medio alguno para hacerlas familiares á sus vasallos, y estimulando en su cultivo con dopes y promesas á los más doctos extranjeros. Los tesoros recogidos en la antigüedad por los indios y los persas, los caldeos y los fenicios, los egipcios y los griegos, fueron pues codiciados y poseidos por los Califas del Oriente, quienes en su sed de ilustración no repararon tanto en la pureza de los veneros como en su variedad y abundancia. Mas así como, llevados de una fuerza secreta, fijaron sus miradas en los monumentos de Bizancio, despues de haber ensayado la imitación de la arquitectura de las demás naciones, así también daban la preferencia á la cultura de los antiguos helenos, cuyas ciencias y letras lanzaban todavía no escasos resplandores. «Gran número de sabios cristianos, arrojados de Constantinopla por las querellas de religión y por las turbulencias del Imperio (escribe un respetable crítico), se refugiaron en la córte de los Califas de Bagdá, llevando consigo sus manuscritos. Arun, y sobre todo Almamun, los emplearon en traducir del griego en siriaco y en árabe libros de ciencia y de filosofía» ². Aristóteles y Platon, Sócrates y Pitágoras, Euclides y Tolomeo, parecían con efecto renacer con nueva aureola de entre

¹ Véase la *Introducción* á la H.^a parte de nuestra *Toledo pintoresca*, página 217, y la nota 1.^a de la pág. 18 de este mismo capítulo.

² P. L. Ginguené, *Histoire littéraire d'Italie*, tomo I, cap. IV.